

La trascendencia

Néstor Tato

5 de julio de 2013-07-04

*Este también es un pedazo a reubicar como “la aparición del mundo”.*

Cuando se habla de trascendencia se sobreentiende que se está hablando de algo por sobre lo natural, con lo que se da por sobreentendido a su vez, que la cotidianidad es “natural”. Simplemente, por dada y recurrente. Uno está como atrapado en ella por la fuerza de las rutinas que se imponen a nuestra voluble voluntad.

Sin embargo, la conciencia es *por esencia* trascendente.

*La conciencia va más allá de sí misma, siempre.*

El punto de partida radica en aceptar que la conciencia es un mecanismo –para traducirla a una simplificación excesiva- de presentación de la realidad en un plano imaginario que sirve –primariamente- a la orientación del cuerpo en el mundo.

Por su proximidad al campo perceptual, uno no toma como imaginaria esa presentación, sino como una “visión” de la realidad, sostenida por la correlación entre los elementos presentes en la realidad –perceptuales- y los contenidos en la representación. Pero no por fiel, la representación deja de ser imaginaria.

De modo que la conciencia presenta otra cosa que ella misma. Es más, ella misma nunca es presentada. A lo sumo puede ser “graficada” en una noción que se construye a través de percepciones parciales completadas con suposiciones fundadas en las regularidades observadas.

La conciencia es el mirar. Es el acto que transcurre a cada instante. Y la noción de instante es un vano intento intelectual por aprehender su constante fluir.

En ese fluir la conciencia “atrapa”, podría decirse, “lo que tiene delante”. Porque eso es lo que *vive* uno, que tiene algo delante. Pero lo tiene porque la conciencia lo presenta.

Si puedo correrme y observarme, puedo decir que la conciencia lo presenta, pero si coincido con la vivencia, si lo que veo es lo que vivo, pues entonces solo puedo decir que yo lo vivo. Y que eso está delante de mí.

Según donde me emplace será la noción que pueda hacer valer, pero no puedo confundir las asociaciones conceptuales que se deriva de cada emplazamiento.

Si soy el que vive, *no me vivo*. Desde esa posición vivo el mundo.

Si soy el que observa, hago eso, observo. Me corro de la sensación de vivir. Es como si mi vivencia se corriera del fluir temporal y me viviera desde otro lugar, sin que la vivencia tenga la calidad del vivir algo.

Pero, aún cuando el mirarme sea una mirada sobre mí, no soy yo el mirado. Porque si estoy mirando, no puedo verme.

Esa mirada, si es que capta el fluyendo del fluir, me capta como de reojo, como ampliando la mirada hacia la copresencia y captando-me en esa copresencia, o captando lo que de mí hay en ella. Pero yo, sigo “aquí”, mirando.

En la generalidad de los casos mi observar retiene un momento del fluir y lo mira desde afuera, apoyándose en los registros cenestésicos del mirar para componer la imagen cenestésica de mí. Claro está que se trata de una representación.

En ambos casos, también en este mirar la conciencia –que oriento en el mirar- presenta algo que no es ella. En el caso, que no soy yo.

De modo que la conciencia siempre está dirigida a otra cosa que no es ella. Y si soy yo a quien se dirige... tampoco soy la conciencia.

Desde este sentido elemental de la trascendencia podemos abordar el problema del trascender-me.

Porque si para poder alcanzar lo Profundo tengo que suspender-me, está claro que la trascendencia no es del mundo sino de mí. Lo que, en definitiva, no hace gran diferencia.

No es casual el título: la dinámica psíquica “se opone” a la trascendencia. Uno puede emplazarse “de cara a” la dinámica psíquica, al flujo energético, y orientarlo hacia la trascendencia, hacia más acá de mí.

Aquí se hace relevante la diferenciación de lo psíquico y lo psicológico: mientras lo psíquico es la energía, la dinámica perceptible de lo interno; lo psicológico es la dinámica de las representaciones. Es la mirada y el paisaje. Y esa mirada puede desatender su paisaje y atender la propia dinámica, en cuyo caso está trascendiéndose ya a sí misma.

Mientras lo psicológico, la estructura mirada-paisaje que deviene a través de los argumentos que resultan de la experiencia biográfica, sirve para moverme/emplazarme en el mundo; el emplazarme ante lo psíquico me alinea con lo Profundo.